

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª É P O C A

Año 1951-Números 48-49



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA



IMPRESA EN LA TIPOGRAFIA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
MADRID - 1904



EJEMPLAR NÚM. 341

ARCHIVO HISPANENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LINGÜÍSTICA

Y ARTÍSTICA



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LA IMPRENTA PROVINCIAL — ESCUELA DE ARTES GRÁFICAS,
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

31
3

2.^a Epoca
Año 1951



Tomo XV
N.ros 48-49

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1951

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE - OCTUBRE

Núms. 48-49

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excma. Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

	Págs.
Juan de Mata Carriazo.— <i>Las murallas de Sevilla</i>	9
Raimundo Suárez, Fr., O. P.— <i>Significado de la frase «Tener o no tener sentido común»</i>	41
Miguel Romero Martínez.— <i>Las Preciosas Rídiculas, de Molière. Versión y notas</i>	49
Manuel Díaz Caro.— <i>La Vestal. Esbozo de filosofía novelada</i>	81
Hipólito Sancho de Sopranis.— <i>Artistas sevillanos en Cádiz</i>	91

MISCELANEA

José Hernández Díaz.— <i>Don Francisco Murillo Herrera</i>	127
Francisco López Estrada.— <i>«Floresta de varia poesía». Sugerencias bre la obra de Ramírez Pagán</i>	131
*** <i>Concursos de Bellas Artes de la Excma. Diputación Provincial de Sevilla</i>	141
LIBROS: Varios.....	143
CRÓNICA: José Andrés Vázquez.— <i>Noviembre-Diciembre, 1945</i>	155

ARTICULOS ORIGINALES

ARCHIVO HISPANICO

DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

DEPARTAMENTO DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

SECCIÓN DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

SECCIÓN DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

SECCIÓN DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

SECCIÓN DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

SECCIÓN DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

SECCIÓN DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

ARTÍCULOS ORIGINALES

SECCIÓN DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

SECCIÓN DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

SECCIÓN DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

SECCIÓN DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

SECCIÓN DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

SECCIÓN DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

SECCIÓN DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

SECCIÓN DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

SECCIÓN DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

SECCIÓN DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

SECCIÓN DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

SECCIÓN DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

SECCIÓN DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

SIGNIFICADO DE LA FRASE

«TENER O NO TENER SENTIDO COMÚN» (*)

II

EN NUESTRAS intrascendentes divagaciones acerca de la frase castellana «tener o no tener sentido común», habíamos llegado a esta conclusión. «El sentido común es una solución todavía confusa, pero cierta y estrictamente suficiente para la generalidad de los hombres, de los principales problemas metafísicos, morales y religiosos, esto es, los del ser, la verdad, el bien, la belleza, Dios, y la de sus contrarios el error, la nada, lo feo, el mal». Pero las soluciones espontáneas e irreflexivas dadas por el sentido común a estas cuestiones, y de las cuales necesariamente se derivan las más completas y metafísicas de substancia, causa, fin, persona, etc., y la suprema de todas, la del ser, tienen un tan definido carácter de universalidad, permanencia e invariabilidad que los más conspicuos representantes de sistemas que adoptan soluciones opuestas a las del sentido común, v. gr. Kant, Hegel, y en nuestros días Bergson, las han reconocido unánimemente tan perentorias, exigentes e ineludibles que las llaman *metafísica natural* (*sic*) del entendimiento humano, noble confesión equivalente a declarar las suyas artificiales, o mejor, antinaturales.

Vista la imposibilidad de pasar revista sea siquiera a las principales, apuntábamos la irreductible oposición que existe entre las soluciones del sentido común y las de las teorías subjetivista y pragmatista, tan en boga en nuestros días, y no precisamente por su contenido ideológico, sino por sus consecuencias prácticas y sus influencias morales y de conducta,

* Véase Archivo Hispalense núms. 23/24.

que no en vano un sistema filosófico es simplemente una visión razonada del mundo, de la vida y del yo.

El sentido común tiene la convicción inalienable de la existencia de cosas esencial e irreductiblemente distintas entre sí. Nadie convencerá a un labriego de que una casa es un olivo en otra forma, y de que un olivo es un mulo de otra manera. Tampoco sería fácil convencerle de que los objetos que ve, oye y toca son idénticos con él mismo y no cosas extrañas a su yo y opuestas a él. Grande sería su asombro si alguien le dijese que la anterior riada no fué la causa de que fuese arrastrada su choza, y el último granizo, el autor de la destrucción de su viña. Seguro que miraría con compasión a quien le dijese que él, hombre maduro ya, no es idénticamente el mismo que cuando era joven o niño. Llegaría al colmo del estupor o de la indignación al oír que alguien trataba de convencerle de que al mediodía es medianoche, o de que puede ser verdad que no exista la habitación que en aquel momento cobija a los dos. Todo lo cual demuestra que tiene un conocimiento, todo lo confuso que se quiera, pero absolutamente cierto, seguro de la substancia o cosa y de su multiplicidad, de la diferencia y oposición irreductible entre el yo y las otras cosas, de la causa productora real del efecto, de la persona como algo permanente y sujeto de atribución de las acciones y cambios operados en el transcurso del tiempo, y por último y por encima de todo, del principio de contradicción, y no como principio lógico o de conocer, sino como principio fundamental del ser. Ve estas verdades, para él principios o nociones evidentes, somete todos sus juicios y ajusta sus actividades y proyectos, bien seguro de que su observancia le pone en contacto con la realidad y en el camino del éxito, y en cambio su olvido o negligencia lo encuadra en el grupo de los fantaseadores a quienes la realidad trata de llamar a cordura mediante el fracaso.

Parece lo más natural que todo filósofo, que ante todo es un hombre, partiese de estas nociones y de estas convicciones universales, de las cuales forzosamente tiene que participar como todos sus semejantes, y que por añadidura reconoce como el instinto o ley natural de la razón humana, para elaborar un concepto científico del mundo y de la vida, sin otra limitación que la de seleccionar entre lo verdaderamente humano y universal y lo postizo, accidental y transitorio, y la de precisar y organizar conceptos y verdades que en la mente del sentido común se hallan en estado implícito y virtual.

Y, efectivamente, todos han partido de estas *nociones*. Mas la tragedia empieza con el hecho de que no todos han participado de estas *convicciones*, deduciendo de la noción una convicción enteramente opuesta a la del sentido común. El sentido común, decíamos, tiene noción adquirida por los sentidos y convicción inquebrantable de la existencia de seres o cosas, de su multiplicidad y de la imposibilidad de que unas sean otras,

esto es, noción del ser, de los seres, de las substancias y del principio de contradicción.

Pero ocurre que todos los seres de cuya existencia nos dan testimonio los sentidos están sometidos a un proceso de perpetuo e incesante cambio y mutación. Lo más permanente e invariable que conocemos en el mundo, las rocas, están sujetas a un proceso de modificaciones externas y de transformación interna, molecular o atómica. Los objetos artificiales inanimados son destruidos por la acción, decimos, del tiempo. La vida en el mundo es un drama; nacimiento, mutación rápida e incesante que jamás hace gracia de un minuto, en un ciclo de escasa duración, que termina en la muerte y reincorporación a los elementos cósmicos, con objeto de nutrir nuevas vidas que nacen. Y si la vida considerada en el mundo es un drama, considerada en el hombre es una tragedia. Si dispusiésemos de medios de observación capaces de apreciar diferencias mínimas, ¿quién podría decir que el hombre del día de hoy, tal como lo aprecian los sentidos, es el mismo del día siguiente? Porque si en el espacio de pocas horas no apreciamos la diferencia, es porque la transformación es lenta, no porque no haya existido. Lo que hacemos a plazo más largo es apreciar la suma de diferencias más elementales.

Y si esto es así, como de verdad lo es, el entendimiento humano se encuentra en el mismo pértico del filosofar con una disyuntiva desconcertante. El instinto del sentido común, o metafísica natural del entendimiento humano, tiene la convicción de la existencia de cosas permanentes; aquel olivo es el mismo que plantó mi bisabuelo; yo soy el mismo que hace treinta años. Y, sin embargo, de atenerme al testimonio de los sentidos, todo ha cambiado: el olivo ha envejecido, y yo también. Luego una de dos: o negamos la existencia del ser permanente, o la realidad del cambio y de las transformaciones. Y en último término, si queremos mantener el dictamen y la convicción del sentido común, a ver dónde está el medio, natural y objetivo, no subjetivo y artificial, que nos de la clave para explicar la realidad de ambas cosas, o sea, la unidad en la variedad, y la variedad en la unidad.

En esta encrucijada es donde se encuentra el punto de partida de los tres grandes sistemas filosóficos que han existido en el mundo, y de los cuales se ha ido formando por sucesivas derivaciones y eclecticismo el mosaico casi inexcrutable de la filosofía de hoy.

El planteo e intento de resolución del problema no es precisamente de ayer. En los albores de la filosofía griega Heráclito sentó su famoso principio: «en el mundo todo es movimiento», entendiendo por movimiento no sólo el mecánico, sino todo cambio o mutación con sucesión. Así para él no hay más que movimiento, devenir, acontecer, mutación. Mas el acontecer o devenir, considerado en sí mismo e independientemente de cualquier otra idea, noción o condición que pueda añadirle nuestro entendimiento, no es más que un movimiento continuo y sempiterno, un pasar

constante e ininterrumpido, el cual requiere que en el mismo instante en que se adquiere una manera de ser o estar, en el mismo y sin interrupción se pierde, para adquirir otra, que a su vez instantáneamente desaparece transformándose en otra distinta, y así indefinidamente. Por lo cual el único elemento o realidad que existe y del que nos dan testimonio nuestros sentidos es el de paso, cambio, mudanza, pues lo pasado deja de existir y lo futuro aún no existe. En resumen, puro y absoluto devenir en forma de tensión o impulso. Y si el entendimiento humano se resiste a concebir un paso sin sujeto que pase, o una mutación sin sujeto que mude, se debe a una ilusión del sentido común, o conocimiento espontáneo y confuso, y no claro y científico, que por diversos motivos introduce subrepticamente sujetos de mutación y cambio cuya asistencia no puede comprobar. Por tanto, la substancia, la esencia, lo permanente, las cosas, son categorías subjetivas. La única realidad que existe en el mundo es el devenir.

En época posterior y dentro del ciclo de la filosofía griega presocrática, surgió la solución diametralmente opuesta, sostenida por las eleatas, Xenófanes, Parménides, Zenón, etc. Fué Parménides el que la llevó hasta sus últimas consecuencias. En contra de lo que afirmaba Heráclito, para él no hay en el mundo más que lo actual, el ser absolutamente permanente. Un solo cuerpo, decía, completamente homogéneo e inmóvil. Por consiguiente ningún devenir, ninguna mutación, ni accidental ni substancial, ninguna multiplicidad ni diversidad de cosas, y por tanto en el mundo no hay más que una sola manera de ser; el más absoluto monismo. El mulo y el olivo del labriego van a resultar la misma cosa de distinto modo. Célebre es a este efecto el argumento de Zenón encaminado a demostrar la imposibilidad del movimiento o cambio. Nada, dice, deviene, porque si así fuera tendría que nacer de algo o de nada. De nada no deviene nada. Lo que deviene de algo no deviene, porque ya era. Luego no hay devenir.

El sentido común salió por sus fueros por boca de Aristóteles. Si se fuese a dar a este tema la amplitud y vuelo que requiere una exposición, aunque fuese sintética, habríamos de extender la mirada a todo el campo de la filosofía presocrática, de donde con toda evidencia se desprende que el problema fundamental que los filósofos primitivos, al igual de los posteriores hasta nuestros días, se propusieron resolver, fué el de averiguar cuál es la causa eficiente del movimiento en su acepción más amplia, de cuya existencia nos dan testimonio los sentidos. Ciertamente ellos lo resolvían fácilmente diciendo que existen cuerpos muy sutiles que se mueven asimismo y son motores de los demás. Sin embargo, no estaban muy de acuerdo al determinar cuál es el cuerpo dotado de tan singular propiedad. Los filósofos de la escuela jónica, discípulos de Tales de Mileto, suponían que era el aire. Xenófanes, fundador de la escuela eleática, aplicó esta hipótesis al alma humana, identificándola con el aliento, con lo cual in-

troujo en psicología una idea tomada de las tradiciones egipcias, que con los nombres de *pneuma* y *spiritus* tan importante papel había de desempeñar en tiempos posteriores. Pero en el siglo V, antes de Jesucristo, Heráclito, y poco después Demócrito, cuyas doctrinas tantos adeptos tiene entre muchos modernos mecanicistas, atribuyeron tan preciada cualidad al fuego, que consideraban formado de átomos pequeños, redondos y tan movibles que al introducirse entre los otros átomos les comunicaban su movimiento. Como asimismo veríamos formarse y tomar cuerpo la teoría contraria, la que negaba que hubiese cuerpo alguno capaz de moverse a sí mismo y menos de mover a los otros, con lo cual sentó Parménides su tesis fundamental: «no existe más que un solo cuerpo, completamente homogéneo e inmóvil». Tesis que para dar alguna satisfacción a la experiencia atenuó Empédocles diciendo que los cuerpos no pueden moverse a sí mismos, pero pueden ser movidos, y como causa del movimiento señala dos fuerzas: una atractiva y otra repulsiva (¿visión anticipada tal vez de la gravitación universal?), fuerzas que con lenguaje figurado llamó *amor* y *odio*, conceptos llamados a perpetuarse en el lenguaje psicológico, en el moral, y en el poético y literario.

Pues bien, Aristóteles, el gran campeón del sentido común y de la filosofía que lleva este nombre, se situó, para oponerse a unos y a otros, en su mismo terreno, en el terreno del movimiento. Mas, ¿de qué manera? ¿Inventando acaso una nueva teoría puramente especulativa y metafísica? Tal creen muchos cuando oyen hablar de Aristóteles, precisamente el fundador de la metafísica, o de Santo Tomás, el genio que agrandó y completó los principios metafísicos del Estagirita, desarrollándolos hasta las últimas consecuencias de su virtualidad doctrinal. Pero la verdad es muy otra. Aristóteles, como después Santo Tomás, jamás se apoyaba en argumentos metafísicos para desautorizar el testimonio de los sentidos, sino que de los sentidos parten como de base fundamental y segura. Por lo cual admiten con los filósofos de la escuela jónica la existencia de las alteraciones que nos revele la experiencia sensible. Si los sentidos nos dicen que los cuerpos cambian de lugar, de temperatura, de forma, etc., ¿hemos de negarles crédito en virtud de ciertas teorías metafísicas, ni probadas ni probables? Esto equivaldría a inventar las leyes del mundo corpóreo mediante razonamientos apriorísticos, en lugar de descubrirlas mediante la experiencia.

La tesis precedente, junto con el principio también de experiencia, según el cual no tenemos intuición de la naturaleza de los cuerpos, sino que llegamos a su conocimiento por medio de sus propiedades sensibles, esto es, mediante aquellos accidentes que nos revelan los sentidos y que nos sirven para clasificarlos en géneros, especies, y familias, le obligó a admitir con Heráclito que en el mundo corpóreo se dan transformaciones substanciales.

A base de estos principios, los únicos rigurosamente naturales y

científicos, el Estagirita, reivindica frente a Parménides y en general de los monistas la existencia del movimiento. Y por cierto que lo hace con tanto brío, colorido y brillantez, que aquellas páginas forman el más vivo contraste con las secas, adustas y sintéticas de sus otros libros.

Para él la existencia del movimiento es un hecho absolutamente innegable. Los astros en el cielo, las olas del mar, los vientos y las tormentas, los ríos y las piedras de la tierra; las combinaciones, acciones y reacciones de los elementos en los cuerpos inanimados; la naturaleza que engendra, alimenta, hace crecer y morir a las flores, a la hierba de las praderas, a los árboles y a los animales que pueblan el mar, la tierra y el aire, y sobre todo la triple vida del hombre, dan testimonio solemne de la existencia del movimiento. Y lo que Aristóteles llama movimiento, no es sólo el movimiento local, sin toda mutación, local, cuantitativa, cualitativa, y substancial—generación y corrupción—. El convencimiento de Aristóteles acerca de la existencia del movimiento era tan firme, que llamó al Universo *el conjunto de las cosas que se mueven*.

Pero entonces, ¿será todo movimiento, y no habrá más que movimiento y puro devenir, como dijo Heráclito? ¿O no será más bien que el movimiento, pese a su innegable apariencia, es una mera ilusión sensorial, como prueba Zenón que demostraba la imposibilidad de su existencia por un razonamiento basado en el principio que «de nada, nada se hace», conforme hemos visto? Al llegar aquí Aristóteles se separa de una y de otra escuela, y este es el momento cumbre en que su genio descubrió el punto y núcleo central de la realidad del ser; el acto y la potencia como realidades distintas en el mismo ser, que trasladadas a los diversos órdenes filosóficos son, en el metafísico, la esencia y la existencia como realidades distintas, y en el cosmológico la materia prima y la forma substancial, etcétera.

Estos términos, bastante conocidos como nombres, aunque no tanto como conceptos, suelen poner espanto en muchos de los que los leen. Y, sin embargo, no es para tanto, ya que son fácilmente comprensibles para cualquiera que se tome la molestia de examinarlos imparcialmente y de cerca. Entre el ser real y actualmente existente, ser en acto, y la nada absoluta, hay una realidad intermedia: el ser que existe de una manera, y tiene potencialidad real para dar existencia a otro distinto, esto es, el ser *real-potencial*.

En efecto, cualquiera que sea la manera en que se conciba el movimiento, en su esencia íntima, siempre será el paso de un sujeto desde una manera de ser a otra distinta. En este paso el sujeto está ya parcialmente en acto, es algo real, porque si no lo fuese no podría pasar de una manera de ser a otra, pero en parte está también en potencia, y ya que si no lo estuviese no podría pasar de este modo de ser a este otro. Por tanto, si esta potencia de pasar no fuese en él nada real, el sujeto estará siempre y exclusivamente en acto, y si está siempre y solamente en acto, nunca estará de paso, y si esto es así, no hay movimiento alguno. De

aquí la célebre definición, muchas veces combatida y nunca refutada, que da Aristóteles del movimiento: «Acto del ser en potencia, por cuanto está en potencia». Y efectivamente, el movimiento es un progresivo llegar a ser algo de aquello que puede serlo. Por tanto de suyo no es enteramente acto ni enteramente potencia, sino en parte acto y en parte potencia, y por eso supone necesariamente un ser potencial.

Supongamos por ejemplo un proyectil arrojado por un arma de fuego. Examinado de cerca este fenómeno tenemos: —a) un sujeto real, el proyectil; —b) una cualidad o disposición real suya, el impulso recibido, que forzosamente ha de ser anterior a su movimiento y es el que le confiere la posibilidad de ocupar sucesivamente en el espacio los distintos lugares o sitios que forman su trayectoria; —c) el hecho, realidad o acto, (toda realidad es acto), de irlos ocupando. El movimiento en su esencia consiste, pues, en que vayan apareciendo sucesivamente las nuevas realidades o actos de ocupar los distintos lugares del espacio que puede recorrer, ninguna de las cuales existía al iniciarse el movimiento (mientras ocupa un lugar no ocupa otro), como tampoco existen durante el movimiento las posteriores con respecto a las anteriores (cuando está aquí no está más adelante), y que a pesar de no existir aún en sí mismas como tales realidades o actos, existen realmente en potencia en una modalidad o disposición del proyectil. Se ha dado, pues, la aparición de nuevas entidades, cada una de las cuales es distinta de todas las otras; ninguna de ellas existía en sí misma y como tal, y, sin embargo, hemos visto que no fué preciso recurrir a ningún acto creacional, sino que naturalmente devienen de una disposición o potencia que está en otro. El argumento de Zenón, repetido en infinitas formas hasta nuestros días, no parece concluyente.

De intento hemos limitado nuestro ejemplo a las entidades más accidentales y transitorias de los cuerpos, las de la localización durante el movimiento mecánico, por ser las más fáciles e intuitivas, pero la hipótesis de un ser real-posible, es decir, de un ser que de suyo todavía no es, pero que tiene ya un fundamento real en una determinada disposición de otro, adquiere plena evidencia cuando se consideran las diversas especies del movimiento y de las mutaciones. Ya el propio Aristóteles hacía a los megarenses estas irónicas preguntas: ¿Por qué es un individuo capaz y apto para ejercer una determinada actividad? ¿Lo es solamente en cuanto la ejecuta, o más bien lo será por cuanto dicha actividad, aunque de momento estuviese suspendida, está, sin embargo, contenida en una disposición del sujeto activo?

Si lo primero, resultaría el absurdo de que un hombre que de momento no ve, v. gr., cuando está dormido, tendría que ser considerado ciego y que el mismo hombre que en el mismo día unas veces ve y otras no, tendría que ser considerado a la vez ciego y no ciego. ¿Por qué ciertas actividades, como las de sentir, pensar, aprender, querer, hablar, pueden ser ejecutadas por el hombre y no por ningún ser inanimado, sino es por-

que antes de existir en el sujeto y mientras existen suponen en él aptitudes y disposiciones completamente determinadas de las cuales pueden devenir? ¿Acaso el médico, escribe Aristóteles, no distingue entre la disposición del paciente para enfermar y para recobrar la salud? Si todo es todo, bien este todo sea el puro devenir, como pensaba Heráclito, o el ser homogéneo o inmutable, como sentía Parménides, ¿por qué la planta guarda con la semilla de que ha nacido una relación que no guarda con el mármol o con el hierro de que no puede nacer? ¿Por qué los hombres engendran hombres, los animales, animales, las plantas, plantas, y los hombres los animales y las plantas diversos entre sí engendran seres diversos y de diversas maneras?

FR. RAIMUNDO SUAREZ, O. P.